

LA PSICOLOGIA EN EL MUNDO MODERNO

DR. LUIS JAIME SANCHEZ.

Conferencia pronunciada en el salón del Museo Nacional el
18 de Julio de 1.955.

Señores Estudiantes del Instituto de Psicología

de la Universidad Nacional, Señores Profesores,

Señoras y Señores:

Debéis creerme que el tema de la conferencia de esta noche, ha despertado en mí, recónditas preocupaciones. Una de ellas, por ejemplo, y no ciertamente la menor, es la de hablar sobre un tema que todos tratan de incorporar con esfuerzo o sin él, al mundo de sus conocimientos, procurando entrar en contacto con sus métodos, con sus heterogéneos sistemas, con su azarosa vida teórica. Porque la Psicología, es captada por el profano con cierta respetuosa y distante atracción, como la que ejerce sobre el mundo infantil, la acrobacia o la pantomima. Como espectáculo, como perforación de misterios, como aclaración de incógnitas, la psicología ha ejercido y ejerce sobre el hombre del siglo XX, una fascinación creciente. Hay en esta fascinación, a la cual pocas personas consiguen sustraerse, una ansia explicable de conocerse a sí mismo y de conocer mejor a los demás, fuera de esta órbita puramente práctica, un deseo casi incontenible de reducir a común denominador psicológico, el conocimiento del hombre mismo, como ser, dotado de una naturaleza propia y cuyas actividades de todo orden podrían, según ese deseo, ser explicadas por leyes objetivas que la psicología ha descubierto o puede descubrir.

La autonomía de las rutas por medio de las cuales la psico-

logía ha querido convertirse en una Ciencia del Hombre y para el Hombre, aparece, en su evolución, entrecortada por el ansia, demasiado premurosa, en veces, de un psicologismo imperativo. Y si examinamos un momento la situación de las tendencias psicologistas en la Ciencia y en la Cultura, observamos hechos de singular interés, cuya incidencia e importancia en el desenvolvimiento de la Psicología misma no pueden desestimarse. El nacimiento de la psicología como técnica de estudio y de investigación, estuvo muy vinculada, en el siglo XIX, a los grandes descubrimientos de la fisiología. Y no es una coincidencia sino algo mucho más significativo el que nuestro Instituto de Psicología, haya sido, originalmente, una dependencia de la Cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina. No tengo para qué recordar porque de vosotros es bien sabido, que hay nombres estrechamente vinculados tanto en la Fisiología como a la Psicología Experimental, por la influencia que en esos terrenos ejercieron con sus trabajos. Sin hablar desde luego de Claudio Bernard, los nombres de Sherrington, de Hitzig, de Head, de Gaskell y Langley, de Watson y Pawlow, son vivas demostraciones del hecho importante según el cual los adelantos de la Fisiología, impulsaron a su vez el adelanto en los estudios de la conducta, la inteligencia, la personalidad del hombre. Pero, por una especie de soberbia irreductible, que ha sido el pecado capital de los hombres de Ciencia, a medida que el paralelismo en los estudios Psicológicos y Fisiológicos aumentaba, se presentaron dos hechos fundamentales que, a mi ver, enmarcan completamente la psicología moderna: su apartamiento en ocasiones casi hostil, de la Filosofía, y la multiplicación de las escuelas. Cuando la moda de los «ismos», se abatió sobre el arte del siglo XX, ya esa misma moda había hecho su agosto en el campo de la Psicología: asociacionismo, mecanicismo, behaviorismo, biologismo, etc. Y al perder de vista la unidad del hombre, perdió la psicología experimental el hilo conductor de sus trabajos y la oportunidad de una síntesis.

Si llamo la atención sobre este hecho, es porque, en algunas partes del mundo, la psicología no ha salido aún de esa etapa de afán y de angustia experimentales. Yo me pregunto, si un balance de ella, no sería un balance pasivo. Y a este propósito, viene al caso citar los conceptos de GEMELLI y ZUNINI en su «Introducción al estudio de la Psicología»: «...Es interesante, dicen los autores italianos, conocer la mentalidad, los ideales y el género de trabajo del Psicólogo. Desde que los psicólogos tu-

vieron la ambición de concebir la psicología como ciencia, no han querido quedarse atrás respecto del colega que se dedica a la física o trabaja en cualquier rama de la biología. En un principio, el calificativo de «Psicología Experimental», dio tono particular, a sus investigaciones. El laboratorio se convirtió para el psicólogo en el único ambiente digno de su trabajo; su atención se concentró sobre algunos problemas, mejor aún sobre un único problema. La investigación experimental es siempre muy compleja. Cada investigación, requiere una larga preparación técnica; para dejar dispuesto un instrumento, para servirse de él con autoridad absoluta de modo que sepa qué es lo que se puede hacer y qué es lo que no puede dar, para evitar las causas de errores, para descubrir un error que ha estado largo tiempo oculto, se necesitan meses, quizás años de paciencia y ejercicio. Un problema particular, puede dar tema para años, porque cada problema resuelto provoca muchos otros, cada uno de los cuales ha de ser singularmente tomado en consideración, estudiado y resuelto. Si se suman los resultados de otros psicólogos que independientemente se ocupan del mismo problema, surge la necesidad de revisión o de nuevas indagaciones; a veces, eventualmente también por sólo una pequeña dificultad instrumental el trabajo de mucho tiempo se convierte en humo, en un momento. Se comprende mejor por tanto que, desde un cierto punto de vista, es inevitable que cuando un psicólogo se ha especializado en un determinado tipo de investigaciones, procure explotar hasta el máximo su capacidad, ensayando con sus métodos otros problemas que no conoce. Ocurre con respecto a esta clase de laboratorios científicos, algo de lo que sucede con relación a los negocios industriales que, al requerir una costosa instalación obligan a una explotación máxima. El trabajo experimental, requiere la concentración del interés sobre uno o, en todo caso pocos problemas, en los que se enriquece particularmente la visión del estudioso, pero también por el mismo motivo, se restringe. El interés acaba por converger más sobre el método que sobre el problema, o sobre el nexo del problema con el todo».

Yo sé que, en el seno de los mismos psicólogos que han enfocado su oficio con criterio puramente experimental, el descontento es notable. BORING, por ejemplo, habla de una «desilusión personal». Este clima, afortunadamente lejos de haber producido una merma o disminución por esta clase de estudios y de disciplinas, las ha aumentado, hasta el punto de que en ciertos países ya el psicólogo ha llegado a ser tan indispensable como

el médico o como cualquier otro profesional. Yo considero que una de las crisis más graves por las cuales ha pasado la Psicología, y que yo llamaría crisis de maduración, es justamente la experimentación, como fin en sí misma. ¿Cómo explicarla y qué enseñanzas ha dejado?

La primera explicación que se me ocurre, es la de que, en las investigaciones experimentales, no había solamente un interés puramente psicológico, sino un interés especial en buscar argumentos y datos objetivos para fundamentar una idea general del hombre, distinta de la idea tradicional que la filosofía había enseñado. En medio del afán por observar las reacciones, bien sea en el laboratorio, bien en determinado grupo social, bien bajo el influjo de los factores económicos, la Psicología no hacía sino sumarse, en sus intenciones, a los deseos de otros movimientos, sociológicos, antropológicos, biológicos, por encontrar una explicación del hombre. Así, tanto el conductismo de Watson, el fisiologismo de Morgan, la reflexología de Pawlow, no se limitan a ser técnicas, sino que implican una explicación del hombre, con un cuerpo doctrinario indispensable para sostener sus puntos de vista. Las diversas tendencias de la Psicología teórica o especulativa, iban adquiriendo así, cada vez más una nueva categoría y un nuevo valor, dentro del ámbito cultural y dentro de la Historia. Ello produjo, inequívocamente en mi sentir, un clima propicio para el desarrollo de la gran revolución freudiana en psicología, que no hubiera sido posible si el ámbito y la órbita de los valores espirituales, hubiesen estado llenos de su auténtico sentido. Pero Freud, encontró zonas huecas en la psicología, zonas muertas, tierras de nadie; comprendió el desconcierto en que se estaban debatiendo las diversas escuelas; entendió las forzosas limitaciones de la experimentación; penetró en el fondo de esa natural angustia en que germinaban y morían sucesivamente las nuevas hipótesis y las nuevas teorías. Y sobre todo, comprendió que la gravedad del problema, consistía en que una nueva imagen del hombre, lanzada desde una doctrina y desde una técnica, tendría el poder de suplantar, en el momento cultural que vivía el mundo, otras imágenes del hombre y otros principios.

La llegada de Freud, al mundo de la Psicología no solamente significó una revolución teórica y metodológica en la explicación, a su manera, de los mecanismos de la neurosis, sino que produjo, además, dos interesantes fenómenos históricos: de un

lado, planteó toda la problemática de los mecanismos psíquicos, en un terreno totalmente distinto al modo que, hasta entonces, había utilizado la psicología experimental; por otra parte, inició la formación de una psicología con miras exclusivamente psicoterápicas, para psicólogos no médicos. En esta forma, la psicología que hasta entonces había visto limitadas sus funciones a los campos psicotécnicos, psicopedagógicos y experimentales, entraba de lleno, conducida por el psicoanálisis al centro del alma del hombre, o por lo menos, a su intimidad.

Una humanización de la psicología, por los caminos inicialmente trazados por Freud, pareció en un principio corolario indiscutible de la obra del Mago de Viena. Sacada de los laboratorios y despojada de los metrónomos, la Psicología iba a afrontar un mundo, hasta entonces desconocido para ella: el mundo trastornado y azaroso del neurótico. Pero, no fue muy brutal la transición. Porque no hubo puente alguno entre la antigua psicología objetiva, y la recién llegada psicología de lo subjetivo y de la intimidad. Y además, porque a las antiguas técnicas de la observación, se oponía una técnica nueva de exploración del mundo interior. Que era a la vez, una técnica de comprensión y un sistema curativo. En esta forma, la Psicología y la Psicoterapia, se volvieron, en determinados países, casi sinónimos. Y la gran mayoría de los psicoterapeutas no médicos, sino formados dentro de la ortodoxia freudiana, iniciaron un divorcio completo de los métodos, sistemas e ideas de la psiquiatría clínica considerada por no pocos psicoanalistas, como envejecida, arcaica y nosocomial.

El auge del psicoanálisis, es justamente el auge de una psicología de reivindicación profesional y de una psicología de revolución en lo teórico. Pero su inicial carácter pansexualista, le dio una calificación muy especial, ya no estrictamente psicológica sino también filosófica. Y aquí aparece, un segundo surco divisorio. Si el primero había sido cavado entre psicoperapeutas y psiquiatras, este aparecía entre deterministas y no deterministas, entre la aceptación de una sexocracia en psicología y la aceptación de la propia libertad. Con la apertura de varios, diversos y hererogéneos frentes, varios de ellos imprevistos, la psicología afiliada a la psicoterapia tomó un rumbo específico en su orientación y en sus métodos. Se hizo desde luego más notoria esta autonomía, desde que las pretensiones del psicoanálisis de entrar de lleno en las orientaciones psicopedagógicas, y en la explicación de varias manifestaciones de la cultura, pareció desalo-

jar viejas escuelas, ya tradicionales, ofreciendo nuevo mundo, a un nuevo mundo. Pero esta actitud cuyo entusiasmo inicial no permitió ver claramente las grietas interiores, llevaba dentro graves antinomias, profundas contradicciones y explicaba serios problemas a la vez de método y doctrina que el curso de la experiencia, se encargaría por sí mismo, de aclarar.

Pasada la estela del meteoro freudiano, cuya cauda sexocrática tardó un cuarto de siglo en ocuparse, la situación en que quedaba la psicología en general y la psicoterapia en particular era, ni más ni menos, la de haber pasado por una segunda crisis de maduración: la crisis psicoanalítica. Pero en esta segunda crisis, la psicología, no es ya la Psicología de los Psicólogos solamente, sino una Psicología con doctrinas, aplicables a muchas cosas y sobre la cual el mundo entero, quién más, quién menos, podía opinar. La divulgación y la vulgarización de los propagandistas freudianos, abrió ampliamente la veta de la curiosidad popular y no exagero al afirmar que, el público mismo, a medias informado de las teorías basadas en la libido fue el principal propulsor, comoquiera que lo sexual había adquirido calidad de intercambio científico y que en aras de él, se podía hablar, discutir y opinar. No cabe duda de que de esta encrucijada, nació lo que más tarde se llamaría Psicología Clínica, y que una Psicología profunda, o mejor de la profundidad del ser humano, se había originado al vaivén del movimiento sísmico enarbolado por la corriente psicoanalítica, al través del mundo entero.

Si me he detenido un poco en el examen de la importancia teórica de la revolución freudiana, para la psicología, es porque considero que los psicólogos deben saber aprovechar esa revolución. Es la única oportunidad que tiene esta ciencia, de alcanzar su mayor edad, su madurez, su pleno sentido, su ancho surco fertilizador. Y si bien es cierto que la psiquiatría estrictamente clínica le debe a las diversas corrientes psicoanalíticas, la creación de múltiples encrucijadas psicogénicas, es mucho más cierto aún que la Psicología teórica y práctica le debe el haberlas desviado hacia el centro del hombre. Pero cuán difícil, señores psicólogos y estudiantes que me escucháis, es encontrar ese centro, ese bulbo raquídeo, ese atlas vertebral que sostiene, en un momento determinado, los problemas del alma humana! Y por cuanto esa alma, tiene soportes insospechados, rutas desconocidas, fuerzas inesperadas y desespera-

das, alientos y elaciones subitáneas que nos desconciertan y asombran, cuán cauta, cuán cuidadosa, humilde y respetuosa debe ser vuestra ciencia y en qué forma los resultados que obtengáis de vuestros trabajos, deben ser prudentes y sabios! Tenéis dos ejemplos en que la soberbia científica ha tratado de desvirtuar el verdadero sentido de vuestra ciencia: el experimentalismo y el freudismo. Por distintos caminos se ha buscado una imagen del hombre que satisfaga una imagen de la técnica. Se ha encontrado esa imagen, una imagen auténtica, salida de la psicoterapia, de la psiquiatría o de la psicología? Tienen en su poder estas disciplinas, ya separadas, ya unidas, el hacer que la naturaleza humana, desvirtúe su esencia fundamental y encuentre dentro de la ciencia del mundo moderno, algo diferente de su propio destino?

* * *

Quiero referirme ahora, a un problema más concreto, de índole práctico-cultural, que a vosotros todos interesa y a mí por consiguiente. Es la situación del psicólogo dentro del mundo moderno y especialmente en los países ibero-americanos. La Psicología como profesión, es ya un hecho. Pero la vastedad de sus dominios y la importancia de sus trabajos obliga a meditar sobre una correcta distribución de sus fuerzas. Y el punto básico de partida, para cualquier proyecto que se tenga, es la preparación del psicólogo. Tengo para mí, que en la preparación del psicólogo, ha de ponerse extrema atención, esmero y cuidado no solamente en cuanto a técnica se refiere, sino especial y primordialmente en cuanto a responsabilidad y formación moral. No quiero establecer jerarquías en este sentido entre las diversas profesiones universitarias, pero es conveniente afirmar que el material con que va a trabajar el psicólogo, no es cualquier material, ni los problemas que va a tratar de solucionar son de cualquier clase. Dispone el psicólogo moderno, de técnicas muy sutiles, de reactivos muy variados, de pruebas ya consagradas. Pero no hay que perder de vista, so pena de cometer errores graves y a menudo irreparables, que esas pruebas, esos reactivos, esas técnicas no valen por sí mismas, en cuanto tales, sino que su valor está supeditado a dos condiciones: el reflejo que en ellas esparza, en un momento de su existencia, una personalidad comprendida como un ser libre, y la interpretación que se les dé, no en función de la técnica,

sino en función de la persona. Muchos de los grandes errores que se cometen en este campo, derivan de la sobrevaloración de las técnicas y de su sujeción al criterio estadístico. No niego la importancia de un juicio estadístico en cuanto a apreciación volumétrica de un fenómeno de masa. Pero, en el mundo de la intimidad y de la interioridad hay vastos sectores, amplísimos campos, que la curva de Gauss no puede captar ni recoger. Pero la técnica no es culpable, sino quien la maneja. «.... Toda literatura, escribe DUBREUIL, que pretenda atacar la técnica so pretexto de ver en ella un espectro, es tiempo perdido. Es, sencillamente, equivocarse de dirección porque si ante un trabajo mal hecho, existe algún culpable, no es ciertamente la técnica inerte, sino el hombre que ha resuelto emplearla mal».

En muchos países iberoamericanos, la psicología es una ciencia relativamente nueva; sus disciplinas y su importancia, han tenido que imponerse, no en forma improvisada, sino a base de estudio, consagración y sacrificio. Ninguna actividad menos indicada para el apresuramiento profesional, para el afán y la angustia, para la rapidez pragmática, que la del psicólogo. Yo no entiendo esta carrera, sino como una síntesis de maduración personal, como el pausado desenvolvimiento de una vocación auténtica. Y entre nosotros, es preciso tener en cuenta que la Psicología inicia apenas sus albores. El argumento que oigo en ocasiones de que esta ciencia puede originar entre nosotros discrepancias profesionales y antagonismos diversos, no me convence. Tengo datos de que en otros países de Iberoamérica, se esgrime el mismo motivo y se tienen los mismos temores. Pero hay en el fondo de este asunto un profundo y grave desconocimiento de un hecho: que a despecho de esos temores y de semejantes prevenciones, la Psicología como profesión, acabará por imponerse, en una u otra forma. Es preciso que sea en buena forma. Quienes miran la psicología en sus diversas aplicaciones como un enemigo al que hay que aplacar o de quien hay que librarse a cualquier precio, ven el problema al revés y por un defecto de óptica de Historia y de Cultura, creen que los antagonismos, las disensiones o las antinomias profesionales, representan la realidad, cuando la verdad es que ellas sólo provienen de que la realidad no existe, y que se está buscando.

Quando se agita un problema de contenido general en el

cual se mueven intereses generales orientados hacia una finalidad de servicio y estructurados según principios veraces, ese problema y esos intereses obedecen a una dinámica asimismo general cuya importancia no puede ser desconocida. La significación de la psicología, al través de su difícil Historia, es, ante todo, la significación de permanentes problemas generales y universales. No puede desconocerse hoy, sin desconocer al mismo tiempo hechos básicos, que la Psicología ha contribuido a un mejor entendimiento del hombre; que ese entendimiento se basa en hechos de experiencia y de observación; y que esta experiencia y esta observación, a la vez que ayudan, orientan. Tampoco puede desconocerse que la estructuración del conocimiento psicológico, fuera de su contenido científico, escueto, tiene significados éticos, culturales, sociológicos; y tampoco se puede negar que, en la orientación de problemas psico-pedagógicos, en psicoterapia, en orientación profesional, en psicología delictiva, en psicología laboral e industrial, en los vastos dominios de la psicotecnia, en psicología clínica, en psicología social, en psicología militar, etc., hay un conjunto de conocimientos, de datos de la experiencia, que en su contexto han abierto muchos caminos de perspectivas notables.

En países que, como los de Ibero-américa, las relaciones del hombre con el medio, del hombre con sus semejantes, del hombre con los sistemas económicos y con los progresos técnicos, despiertan, no pocas veces problemas de desadaptación personal y colectiva, esos problemas deberían de ser mejor conocidos y frontalmente atacados en su génesis. En un país como el nuestro en que la instrucción, la educación y la asimilación de la técnica han progresado con mucha lentitud, la capacidad del hombre medio, de la clase media, de la clase campesina y también de las clases elevadas para comprender la problemática general de nuestra vida colectiva, está limitada a la órbita de los intereses vitales, casi exclusivamente. Muchas de las necesidades de nuestro pueblo, son exclusivamente, necesidades de subsistencia, de vida elemental, casi de supervivencia. En este aferramiento a la vida, en que la angustia del vivir cotidiano opaca toda otra angustia y toda otra preocupación, el hombre se aquieta en su dolorismo, y deja pasar, por sobre él, las inquietudes de la cultura y del progreso. Su sensibilidad se ha especializado y también se ha espacializado. La órbita de su acción, ya no es la órbita de su dominio, sino la que dispone para caminar, comer y dormir. En estas condiciones, que no son pri-

vativas de Colombia sino de muchos países latinos, qué gran aspiración para una ciencia esencialmente progresista como la psicología, que la de entrar allí donde es necesaria su presencia para despertar esa sensibilidad especializada y darle de nuevo sus naturales antenas. Pero esta acción, en nuestras actuales circunstancias, no puede venir solamente de la Psicología, ni de los Psicólogos. De ser así, parecería un grito de otra supervivencia, y otra necesidad de subsistir. Es necesario que, desde las altas esferas del gobierno civil y eclesiástico, se exprese nítidamente, la urgencia de conocer mejor, más a fondo, los problemas de nuestro hombre colombiano. Qué maravillosa intención, sería por ejemplo, la de que en nuestras escuelas y colegios, estuviera el psicólogo avizor, atento a las causas de nuestro retarde en la escolaridad; que en nuestras industrias, fábricas y empresas, al lado de la pingüe ganancia económica, hubiese una ganancia psicológica, vigilando las condiciones del trabajo; que en nuestras campañas de higiene, estuviese el psicólogo, recogiendo los datos de una defectuosa psico-higiene; que en las cárceles y reformatorios, estuviese la psicología, procurando llevar la luz de su experiencia y la fuerza de sus conocimientos a una mejor adaptación, tanto psicológica, como moral; que en nuestros establecimientos de Asistencia Pública, se tuviese en cuenta a la psicología como colaboradora indispensable de sus múltiples problemas; que en el seno de la sociedad, en fin, esta ciencia se convirtiera en una asesora justa y responsable para una mejor comprensión del hombre colombiano.

No es mucho pedir. Muchos de los problemas humanos de la América Latina, provienen de que nadie los hace sentir como problema y gravita sobre ellos la inercia del desconocimiento o de la ignorancia. De ahí que, hay una serie de hechos que siempre se han quedado por fuera del campo visual del hombre medio y sólo penetran en él, cuando se convierten en necesidades. Recuerdo haber leído en algún texto de Medicina tropical, que la mayoría de los habitantes de la América Latina, padecía, decía el autor, de «una extraña depresión del ánimo que podría bien denominarse melancolía tropical». Un dejar pasar las cosas, un «laissez faire» crónico, una indolencia ante los hechos y una gran facilidad para las reacciones depresivas, llamaban la atención del observador a que me refiero; y si no me es infiel la memoria, anotaba asimismo que eran tan profundas estas características psicológicas, que imprimían su sello a las actividades de todo género, hasta el punto de inhibir-

las. No llegaría yo a compartir esta afirmación, pero sí considero que aquello que Armando Solano, llamó en un hermoso libro injustamente olvidado, la «melancolía de la raza indígena», no proviene precisamente de una deformación racial inveterada, genotípica podríamos decir, sino de un contragolpe emocional, de una desadaptación, que ha sorprendido a grandes o a pequeños grupos humanos en su psicología natural. Labor de una psicología bien entendida, sería por ejemplo, tratar de penetrar en el ánimo, y el carácter de algunas zonas del país, que acontecimientos de los últimos tiempos, han sumido en la más absoluta y total desadaptación.

Se ha agitado en estos días, el gran tema de la Higiene Mental en Colombia. Pero hay que entender, que es un tema esencial de Psicología Aplicada. Es una Psicología con Higiene. Si se proyecta una vasta campaña que abrace la mayoría de los asuntos de la psico-higiene, nadie más autorizado para comprenderla, desarrollarla y orientarla que la Psicología, en sus varias aplicaciones; porque ella puede penetrar todos los problemas, tocar todos los puntos, establecer todos los contactos y asesorar todas las especialidades. Y no sería procedente en esa campaña, si se realiza, prescindir del consejo de la Universidad Nacional, que por medio de su Instituto de Psicología, podría convertirse en el centro vital, colombiano, de la empresa.

* * *

Ya, al final de esta disertación, no sabría decir si he llevado a la generosa y al ánimo de los oyentes, un escorzo, siquiera aceptable, de la importancia de la psicología en el mundo moderno. Toda conferencia, tiene el amable inconveniente de sumirnos en un mundo de sugerencias, que deben de ser convertidas en sugerencias. Y esta mía, es posible que sólo haya llevado sugerencias. Sería suficiente. Porque, al hablar del «mundo moderno», el Psicólogo o el hombre de Ciencia en general, se siente, profundamente habitante de ese mundo. Pero la Psicología, en su aceptación de moderna, tiene un sentido mucho más vasto que los límites de la palabra. Si los adelantos de la física con sus terribles y atroces conquistas; si los progresos de la medicina y de la cirugía, nos inducen a pensar que, como dice Romano Guardini, el «hombre moderno» impli-

ca una contradicción, un vaivén entre el vivir y el destruirse, sólo la Psicología de nuestra época ha inspirado a un auténtico ideal humanístico: comprender mejor al hombre. Es posible y hasta natural, disentir de algunos de sus métodos y no es vana sino necesaria la crítica que se ha hecho de no pocas de sus doctrinas; pero, tras el telón de fondo de las discusiones y de las amargas polémicas, hay una verdad plena y cordial: la psicología bien inspirada, la psicología con alma, es una psicología del hombre y para el hombre. Es un feudo humano. Su historia, es la historia de la misma condición humana, en la cual a cada error y a cada flaqueza, está adscrita, profundamente, en su fondo, un deseo de contrición y un ansia de superarse. Imposible no ver en gran parte de la psicología actual, el reflejo humano que muchas ciencias no pueden ofrecer; y no sería justo cerrar los ojos ante ese oscuro y vigente drama que la psicología de la profundidad y de la intimidad, ha representado en la cultura del siglo XX. Porque la trágica grandeza de esta ciencia, es justamente el haber sido siempre atravesada, de polo a polo por alguna filosofía; y es también el haber compartido, con muchas de ellas, su incierto destino. Algo grande la ha sostenido en sus crisis más atroces y en sus desconciertos más visibles. Ese algo, es el hombre. El día en que la Psicología quiso alejarse de él, se tornó fría, descarnada y seca, como una raíz sin savia; más tarde, al volver de la agitada fuga, procuró tocar la criatura de Dios y la encontró. En ocasiones la pierde, pero seguirá buscándola, unas veces cerca, otras lejanamente, como se busca un recuerdo. Porque en toda psicología, y en todo psicólogo, hay una nostalgia infinita y un heroico afán de encontrarse, en una pura intimidad, en una pura Verdad y acaso un heroico sacrificio.

Heroico. Creo que he mencionado la exacta palabra. Refléjase, o trata de reflejarse, en la psicología de última hora, el espejismo de toda una cadena, rota, de filosofías existenciales. Que yo sepa, el doctor Ulrich Sonnemann de Nueva York, y el doctor Mascall, de Londres, han recogido, para la psicología y la psicoterapia esta búsqueda actual del significado de la existencia, que reviste caracteres nítidos, de una heroica desorientación, y que talvez con la escuela vienesa de Igor Caruso, encuentre su verdadero significado. Pero toda esta nómina desconcertada de pontífices existencialistas, llámense Unamuno o Heidegger, Sartre o Camus, Kierkegaard o Jaspers,

establecen, al lado del existencialismo católico de los evangelios, de San Buenaventura, de Luis Lavelle, de Nicolás Berdiaeff y de Gabriel Marcel, de León Bloy y de Bermanos, un áspero contraste. Los personajes de las novelas y del teatro de Sartre y de Camus, quedan suspendidos, siempre en el horrible abismo de la nada, ahorcados por las mallas de una existencia que busca y encuentra su fin y su destino en sí misma. Y en esa flor extraña, de brillos siniestros y duros que se llamó Franz Kafka, producida entre el surco seco del desconcierto moderno, qué otra cosa ver si no el abatimiento, la desesperación, la pérdida de un contacto vivo con el hombre? Ya hará la psicología el balance de los existencialismos, en cuanto estos puedan tocar su órbita. Para entonces, esperemos que esa órbita esté llena de sentido.

Señores estudiantes de Psicología:

Habéis escogido libremente una profesión y una carrera que os dará poco a poco, sus frutos. Pero debéis convenceros que no son frutos fáciles; porque vosotros mismos habéis sido los insomnes sembradores y seréis los guardianes del surco y la cosecha. De vosotros depende, con vuestro tesón y vuestro estudio, el que la esquivada semilla, de la que sólo he sido fugaz almacenero, prenda en la tierra de vuestro corazón y de vuestra inteligencia, o sea pábulo o pavesa del viento: y está en vuestras manos, y no en otras, el iniciar el camino nuevo y ancho de la psicología colombiana. No es un camino liso y llano, sino por el contrario, quebrado y áspero; pero si verdaderamente tenéis una vocación y no solamente una afición, llegaréis a la meta. No así quienes pretenden cosechar antes de sembrar, ni quienes aspiran cortar el gajo profesional antes de ver el árbol. Porque ser psicólogo, significa antes que todo ser hombre. Pero no cualquier hombre, sino hombre integral, de esos que aquél gran prisionero de la agonía que fue George Bernanos, pudo decir que «con una sola mirada del alma inundaban de paz, la angustia de haber nacido!»